

mento, sin mas compañía que la de una confidenta.

Flor-del-Pecado soltó una carcajada.

—Me rio porque el Príncipe Azul, que es amante de hacer locuras, ha subido en su coche, bien como si se hubiese engañado de buena fé. Pero es una mujer formal; mucho ha tenido que hacer para ver el color de sus palabras. Fué impenetrable como una estatua.

—Y ha bajado en la fonda de Inglaterra?

—Nó, yo no la he visto desde que salí de Coblenza.

—Octavio no dudó de que aquella mujer con velo era la señora de Fontaneilles. Entró en la fonda de Inglaterra y buscó en la de Rusia; pero no se habia visto á ninguna mujer con velo.

No le quedaba mas recurso que jugar á la treinta y cuarenta para matar el tiempo.

## X.

## LOS DOS ATEOS.

En aquella noche Octavio perdió veinte y cinco mil francos, obstinado en jugar al negro.

—Vamos, dijo levantándose cuando el juego hubo concluido, parece que sigo afortunado en amores. Todas las dichas se pagan caras.

Estaba irritado contra su desgracia; pidió un sorbete debajo de unos árboles clamando siempre contra el colorado.

Un filósofo alemán, al cual habia conocido en Paris en la comida del Comendador, fué á sentarse á su mesa.

—Y bien, señor duque, le dijo, habeis perdido batallas esta noche?

—Sí, esplicadme por qué un hombre que juega tan bien es derrotado. Empiezo á creer mas en la malicia de las cosas que en la de los hombres.

—Y quizá tengais razon. Y para comenzar por el principio, creeis en Dios?

—No. Y vos?

—Yo sí.

—Es extraño, dijo Parisis, mirando su filósofo; en Francia érais ateo y en Alemania sois deísta?

—Cambié de opinion: poca filosofía aleja de Dios; mucha conduce á él.

—Quereis un sorbete?

—Nó, un vaso de Kirsch.

—Y donde veis á Dios?

—En todas partes. En este hermoso cielo estrellado, que es como la tapa historiada del libro de los mundos; en esta tierra que es como el boceto de la obra de Dios. Qué digo? Le veo en vos mismo, que lo negais.

Pasaba un perro que se detuvo frente la mesa.

—Veis á Dios en este animal?

—Sí, dijo el sábio.

—Entonces este perro tiene un alma, una parte de la divina inteligencia?

—Sí, tiene un alma material.

—Os veo venir: vos dais un alma á las bestias y un alma á los hombres; quereis que la primera sea mortal y la segunda inmortal. Creéis, pues, que hay mucha distancia entre el alma de este perro que sueña sin escucharnos y el alma de nuestro vecino que nos escucha bebiendo cerveza y que no nos comprende? Creéis que el perro no discurre tan profundamente como ese bebedor de cerveza, cuando en la caza, trae la perdiz á su amo? Por qué la trae, el que es amante de la caza? Porque tiene el sentimiento del bien y del mal. No dá ni una dentellada; siente ham-

bre y permanece estóico. Mi querido sábio, falta solo á las bestias el hacer un curso en vuestras universidades alemanas para reducir sus razonamientos á silogismos.

—Quizá, dijo el sábio, que se habia puesto algo pensativo, cada paso que se dá en la ciencia es un paso hácia el abismo.

—Mirad, dijo Parisis, cuando abro á Malebranche me horrorizo ante estas líneas: «Las bestias lo pierden todo cuando mueren: han sido inocentes y desgraciadas; pero no las aguarda recompensa alguna.» Así Dios no existe porque no es justo. De qué servirá una perdiz que ha sido asesinada y comida por mí? El mundo no es mas que un vasto sepulcro donde se estingue el alma de los hombres como la de las bestias.

—El universo es una vasta resurreccion porque la vida está en la muerte, como la muerte está en la vida.

—Y por qué, observó Parisis, hemos de ir á otro mundo? El nuestro es admirable; el que no encuentra en él su ideal es un soñador ó un nécio. Qué tan hermoso como la naturaleza cuando está de fiesta? Qué tan hermoso como un caballo de raza? Qué tan divino como una mujer hermosa? Qué tan admirable como el cielo del sol ó el cielo de las estrellas? Si tuviese que suplicar algo á Dios le rogaria que me hiciese resucitar en este mundo.

Parisis añadió con sarcasmo:

—Tanto mas cuanto el otro no existe.

—Señor duque, dijo el sábio, este mundo no es mas que el boceto de nuestro destino.

Octavio se levantó.

—Adios, mi querido sábio: basta de edificar sobre arena. Recordemos las frases de Gassendi: «Los filósofos que hablan del alma son como esos viajeros que cuentan lo que pasa en el serrallo porque han atravesado Constantinopla.»

Cuando Octavio estuvo solo levantó sus ojos hacia los millones de estrellas que le hablaban de lo infinito.

—Y sin embargo, dijo con un movimiento de entusiasmo; seria yo tan feliz si pudiese creer en Dios!

Una mujer fué á su encuentro.

Reconoció á la marquesa de Fontaneilles.

—Por fin! exclamó el jóven.

—Sí, soy yo, le dijo ella, estrechando su mano y apoyando sobre él su frente ruborizada. Pero silencio: mi hermana está allí que se dirige hacia la fonda. Hemos llegado ahora. Hemos cogido un cuarto cerca del vuestro; pero estamos separados por un personaje prusiano que partirá mañana. Así, pues, hasta mañana.

Parisis quiso retener á la marquesa.

—Pero quien os impedirá esta noche de venir á hablar conmigo?

—Hablar con vos?

La marquesa le miró con una espresion voluptuosa.

—No! mañana.

Y corrió á juntarse con su hermana.

Era necesario que Luis XIV amase á la Montespán para comprender el divino hechizo de la Lavalliere, como era necesario ver al ángel á través del demonio. Este fué el sentimiento que se apoderó de Octavio cuando pensó en Genoveva despues de haber devorado con ardientes ojos á la señora de Fontaneilles, bien como si ya tomase parte en la embriaguez prometida.

La imágen melancólica de Genoveva trajo á su fantasía la triste de Violeta, y despues la de la señora de Entraygues, la de la señora de Argicourt y despues la de tantas otras que habian pagado hártas horas de amor disfrutadas con Octavio.

Fué como la vision de Luis XIV, que, cercano á la muerte, vió aparecer, todas llorosas, las veinte mujeres que él habia amado y que habia condenado á todas las miserias, al arrepentimiento, á la desesperacion, á la muerte á Maria de Mancini, á Enriqueta de Inglaterra, á la La Valliere, á la señora de Fontanges, á la señora de Montespán, cuyo grito de dolor resonará mas allá de los siglos.

## XI.

### EL SEÑOR DE FONTANEILLES.

En Ems el señor de Fontaneilles bajó en el Kursaal; pero luego que su equipage estuvo colocado, se dirigió, con un saco de noche, á la fonda de Inglaterra.

—Por qué traía el saco de noche? Porque traía en él lo mas estimado de su equipage: sus pistolas, su puñal español y su cuchillo malayo.

Sabia ya por el cochero que le había conducido al Kursaal, que el duque de Parisis se hallaba en la fonda de Inglaterra. Octavio era naturalmente el leon del país por su aire de gran personage y porque jugaba fuerte.

El marqués preguntó si se podia alojar en el primer piso. Se le ofreció en él un departamento. Llegaba á propósito: el que lo ocupaba, un baron prusiano, acababa de marchar para Colonia. Había en el departamento tres puertas. Se entró por la del centro.

—Está bien dijo Fontaneilles: estoy cierto de que soy vecino de Parisis.

No regateó el precio. Viendo una puerta cerrada, dijo:

—A donde dá esta puerta?

—Al salon del señor duque de Parisis, dijo el fondista que estaba orgulloso de tener ya un duque francés al principio de la estacion.

—Y cual es mi otro vecino?

—Dos señoras francesas que han llegado esta noche y que aun no han dado nombre.

—Está bien, dijo el marqués: he puesto el pié sobre el nido de víboras.

Y añadió en voz alta:

—Aquí dejo mi saco de noche. Tomad: este es mi nombre.

Y dió la targeta de un comerciante inglés que por precaucion se habia guardado:

WILLIAMS COOLIDGE

52, Mark-Lane, London, 52.

Cerró su saco de noche y volvió al Kursaal: no se le volvió á ver hasta la madrugada.

Pero hacía las tres pidió su llave, una botella de Kirsch, una pluma y tinta diciendo que tenia que escribir y suplicando que se le dejase en paz.

Se le hallaba muy original y muy sombrío; pero era un inglés.

Cuando estuvo solo, registró el cuarto para convencerse de que nadie podía verle; después sacó de su bolsillo, un martillo, una lima y un ruseñor.

Acababa de saber que Parisis había subido en un coche hacía las dos en compañía de una mujer velada acompañada de una joven para ir á paseo en una casa de recreo de Oberlahnstein.

El marqués empezaba á comprender que había llegado tarde: no dudaba de que la traicion se había ya consumado y no tenía alma sino para la venganza.

Tal era su ceguedad que después de haber examinado la puerta que daba al salon de Octavio, empezó á limar sus goznes sin curarse del rumor que ocasionaba. Empezó su obra creyendo que Parisis y su mujer no llegarían hasta la hora de comer.

Necesitó mas tiempo de lo que él había creído: pero armado con su venganza no descansó ni un minuto. Pasada una hora su trabajo estaba concluido.

—Y ahora, dijo, nada me impide el destornillar la cerradura para hacer menos ruido; pero suceda lo que suceda estoy seguro de sorprenderles y matarles.

Al decir estas palabras se arrodilló y oró.

Hé aquí porque Dios perdona con frecuencia á los que no le dirigen sus oraciones.

## XII.

## PLANES FRACASADOS.

Hácia las dos, Flor-del-Pecado, Tornasol y la Taciturna se detuvieron en el puente para ver cruzar el duque de Parisis que acompañaba á paseo dos señoras.

—Oh! oh! dijo Tornasol, nos roban á Parisis; es sensible; creí que jugaría por mí. Dios de los desgraciados, *ora pro nobis!*

—Estas princesas, dijo Flor-del-Pecado, gozan de todos los privilegios. Van á la corte, lo cual no les impide el que vengan á coger nuestros hombres hasta en el tapete verde. No es verdad, Taciturna?

—Es cuestion de dinero, dijo esta con su indolencia de costumbre.

—Pero nó, esta no es cuestion de dinero: es cuestion de principios. Decididamente concluiré por casarme. Yo tambien quiero ir á todas partes.

—Pero cuando estés casada no te recibiremos mas.

—Trataré de consolarme. Cogeré ese aire de importancia que dan la virtud y el matrimonio. Ved esas damas: inclinan su cabeza con tal arte y sus

movimientos de cisne y de rosa son tan bellos, que nosotras no sabemos imitarlas.

—Acaso la mayor de esas dos mujeres es la esposa del duque?

—Querida mia, no he tenido la honra de que me haya sido presentada.

—Cuan feliz es Parisis! pertenece siempre á los dos mundos: come de misa y cena del teatro.

—Nó, amiga mia, se ha convertido en un santo. Aun nos habla: pero no sacaremos de él nada.

—Cuando pienso que no hay aquí ni un solo prusiano en quien vengarme del colorado! Si la Taciturna fuese mas expansiva aun podria seducir su vecino, á ese mozuelo.

—Sí, pero estoy desarmada.

—Pide licencia al Príncipe Azul.

Este, en aquel instante, subia por el otro extremo del puente y se unió á sus amigas.

—Decidme, exclamó, no puedo dar con Parisis: ha ya partido?

—Partido! ahora mismo cruzaba por aquí en un carruaje donde iba con dos damas.

—Está aquí su mujer?

—Chist! esto pertenece á la vida privada.

El Príncipe Azul, despues de haber prometido que presentaria á la Taciturna á aquel jóven aleman, que deseaba entrar en Paris por la puerta del Infierno, se dirigió, por segunda vez á la fonda de Inglaterra para hacer preguntas al fondista. Habia llegado solo?

Quiénes eran las señoras con las cuales paseaba? Volveria temprano?

—El señor duque llegó solo, dijo el fondista; pero yo creo que conoce mucho á las dos señoras que han llegado aquí esta noche.

—Podeis darme el nombre de estas señoras?

—Sí, dijo, acabo de inscribirlas: la una, si mal no recuerdo, es la marquesa de Fontaneilles y la otra su hermana la señorita Gaieté.

—Quereis decir la señorita de Joyeuse.

—Ah! sí, dijo el fondista que pensaba en aleman; yo traducia mal.

El Príncipe Azul se alejó.

—Qué diablo hace aquí tanta gente? se dijo.

Encontró á Monjoyeux.

—Vos aquí! Qué milagro?

Monjoyeux llegaba precipitadamente de Paris por que un modelo—hermana de la doncella de la señora de Fontaneilles—le habia contado la historia de la cita en Ems, y le habia participado la marcha del marqués. Monjoyeux, preveyendo una desgracia, habia marchado en seguida.

El escultor solo tenia un amigo y velaba por él.

### XIII.

#### LA TRAGEDIA.

A las once el duque de Parisis entró con una de las dos señoras.

Qué habia sido de la otra? Habia cruzado por la sala del concierto y la habia dejado pegada á una columna para que oyese la música alemana? Habia cruzado los salones de juego y la habia perdido á propósito por espacio de una hora entre las mironas y las jugadoras?

El señor de Fontaneilles seguia en su puesto; habia hecho con una varita de hierro dos ó tres agujeros imperceptibles, á fin de no perder nada del espectáculo.

Pero contra lo que aguardaba, no se entró en el salon: se permaneció en el dormitorio hablando.

La puerta del dormitorio que comunicaba al salon permanecia cerrada. El señor de Fontaneilles oia de un modo vago rumor de voces, sin que entendiese una palabra.

Qué se decia? Escuchaba con ansiedad; miraba fu-

rioso el rayo de luz que cruzaba por los intersticios de la puerta.

—Oh! venganza! venganza! murmuró conteniéndose.

Se seguia hablando. Despues de una hora la puerta se abrió. Pero quien entró en el salon fué Octavio solo.

Qué iba á hacer? No llevó allí luz; mas la luz del dormitorio llegaba hasta allí con sus pálidos reflejos.

El señor de Fontaneilles vió como las cortinas del lecho se agitaban.

Octavio volvió al dormitorio sin cerrar la puerta.

Entonces el señor de Fontaneilles vió, medio ocultada por Octavio, una mujer que se echaba amorosamente en sus brazos.

El marqués dió un rugido. Habia oido estas frases, este grito de un corazon frenético:

—Ah! si supieses cuanto te amo!

—Nunca me ha dicho á mi esto, dijo el marqués, ahogando su voz. Y siguió mirando.

Octavio comenzó á desnudar la dama como un hombre que ha adquirido ya esta costumbre. Y al desnudarla besaba sus cabellos, besaba su garganta, besaba sus brazos.

El señor de Fontaneilles veia poco; mas veia demasiado.

Y cuando cayó el vestido, Octavio cogió dulcemente á la mujer y la llevó al lecho pronunciando las mas tiernas y amorosas frases.

—Hace tanto tiempo! exclamó ella.

—Hace tanto tiempo! repitió él.

Octavio cerró la puerta del salón.

Entonces el marqués no vió ni oyó nada más.

Su febril curiosidad le clavaba en su puerta, que seguía aun cerrada.

De pronto arrancó esta puerta. Empuñó el cuchillo malayo y con el revolver en el bolsillo se precipitó en el dormitorio.

Abrió y corrió ciego y furioso hácia Octavio para herirle y para herir á la mujer acostada.

Octavio se defendió mal porque se le sorprendió mientras se desnudaba.

Aunque la mujer se hallase casi desnuda, saltó del lecho para precipitarse en frente de aquella fúria, bien como si quisiese parar los golpes dirigidos á Octavio. Al saltar de la cama volcó el candelabro y las bujías se apagaron.

Pero viendo ante sí una forma blanca:

—Tambien morirás tú! dijo el señor de Fontaneilles.

Había ya herido á Parisis.

Antes de que Parisis se hubiese arrojado entre el asesino y la mujer, el asesino tuvo tiempo de herir.

É hirió en el corazón.

La mujer lanzó un grito.

—Octavio yo muero!

El señor de Fontaneilles no estaba aun saciado; mientras que la mujer arrastraba á Parisis que la

había cogido en sus brazos, el marqués volvió á herir.

—Genoveva! Genoveva! gritó Parisis con doloroso espanto.

Herido en un costado, no inquietándose mas que de la mujer que se había precipitado del lecho, no había reconocido al señor de Fontaneilles.

No comprendía nada de aquel asesinato.

Al oír que Octavio llamaba á Genoveva el marqués de Fontaneilles sintió miedo; ya cuando Genoveva había gritado: *Octavio yo muero!* había creído que su mujer hablaba á su amante con voz fingida.

Corrió á su cuarto y volvió con una bugía.

Vió á la duquesa de Parisis moribunda; pero agitando aun bajo los besos de Octavio.

Huyó asustado, dejando caer su cuchillo.

Octavio acababa de verlo y adivinarlo todo.

Cogió el cuchillo ensangrentado y corrió tras el marqués.

Estaba espantoso; el rostro lívido, las facciones contraídas, los ojos inyectados por estrias sangrientas.

#### XIV.

##### LO QUE FUÉ Á BUSCAR EN EMS LA MARQUESA DE FONTANEILLES.

Cuando el marqués vió que Octavio corría tras él, cogió una de las dos pistolas que había encima de una mesa.—No adelanteis, le dijo, ú os mato.

Octavio adelantó, é hiriendo en el brazo desvió el tiro. La bala atravesó una cortina y rompió con estrépito un espejo de la cámara vecina. Era el cuarto donde dormía la señora de Fontaneilles.

Esta permanecía allí escuchándolo todo.

Los trozos del espejo cayeron sobre ella.

Siguió allí de un modo estóico y no dió ni un grito.

Aun quedaba bastante del espejo para convencerla de que se hallaba completamente desfigurada.

La señorita de Joyeuse, casi dormida, corrió, lanzó un grito y retrocedió espantada ante aquel espectáculo.

Hermana mia! hermana mia! gritó.

—Chist! Oremos á Dios, Clotilde.

#### XV.

##### EL JUICIO DE DIOS.

Entretanto Parisis había echado al suelo al marqués de Fontaneilles y le había herido ya dos veces.

—Esto es una cobardía, dijo el marqués; estoy desarmado.

—Una cobardía! gritó Octavio con amargura; estaba armada mi mujer?

—Harto sabéis que yo creía herir la mia.

Era la primera vez que la palabra *cobardía* resonaba en los oídos de Parisis. Dominó todo su dolor y su cólera. Se levantó y dijo friamente:

—Y bien, sin duda os queda aun una pistola cargada. Quereis el juicio de Dios?

—El juicio de Dios! dijo el marqués levantándose; vos no creéis en Dios.

En aquel instante la señorita de Joyeuse, viendo á su hermana sangrienta, lanzó un grito.

Octavio creyó oír la voz de Genoveva y corrió hácia ella.

La habló y la besó como si quisiese dar su alma para reanimarla.

—Sí, el juicio de Dios! exclamó con desesperacion, viendo que todo habia concluido.

Y como si Genoveva debiese oírle:

—Genoveva! exclamó, mi querida Genoveva! aguárdame.

Despues, levantando sus ojos en la oscuridad de aquella noche:

—*Credo!* exclamó.

Entonces vertió lágrimas.

Parecióle que veía ya en el cielo su madre y su mujer.

Volvió donde estaba el marqués.

—Concluyamos dijo; tengo prisa.

—Yo tambien dijo Fontaneilles. He aquí dos pistolas: ambas se hallan teñidas en sangre: elegid.

—Conozco la que está descargada.

El marqués desdobló una servilleta y envolvió en ella las dos pistolas.

—Elegid, dijo con impaciencia.

Parisis escribió en un ángulo de la mesa:

«Me bato en duelo con el señor de Fontaneilles.

«EL DUQUE DE PARISIS.»

28 Mayo de 1868 á las doce y media de la noche.

A su vez el marqués de Fontaneilles escribió:

«Me bato en duelo con el señor de Parisis.

»EL MARQUÉS DE FONTANEILLES.»

29 Mayo de 1868 á las doce y media.

El marqués, como hombre de buena conducta, contaba el día nuevo á partir de la media noche. El duque creía que toda la noche pertenecía al día anterior. Hé aquí porque se encontraron dos fechas: el *28 de Mayo y el 29 de Mayo.*

Parisis metió su mano por entre los pliegues de la servilleta y cogió una pistola. Cuando la armó parecióle, no obstante su emocion, —tal era su práctica en el manejo de las armas— que el cañon de aquella pistola se hallaba aun tibio por haberse descargado.

Ambos adversarios se colocaron casi pegados el uno al otro, el dedo en el gatillo y la boca de la pistola á cinco centímetros del cuerpo.

Alumbrados por la vacilante llama de una bugia, se miraron por un instante de un modo horrible y oyeron latir su corazon bajo el cañon de sus pistolas.

—Uno, dijo Octavio.

—Dos, dijo Fontaneilles.

—Tres, dijo Octavio.

La detonacion resonó entre el silencio de la noche.

El señor de Fontaneilles vió al último de los Parisis, herido en mitad del pecho, como daba algunos pasos hácia atrás.

De pronto, recogiendo un rayo de vida, Octavio fué á caer, dando un horrible grito de dolor, en el seno de la duquesa de Parisis.

## XVI.

## LA VENGANZA DE MONJOYEUX.

Por mas que fuesen las doce y media, algunos jugadores amigos de trasnochar, habian acompañado á las señoritas Flor-del-Pecado, la Taciturna y Tornasol hasta la puerta de la fonda de Inglaterra.

Aquellas señoras no recibian *intra muros*.

Se oyó el pistoletazo que mató á Parisis.

—Oís? preguntó un jugador: es un desesperado que jugó al colorado.

Frase horrible cuando se piensa en toda aquella sangre vertida.

El Príncipe Azul se divertia alegremente con aquellas señoritas: habia encontrado á las once á Parisis y su mujer que cruzaban los salones del juego; parecíanle tan felices que se le figuró que un rayo de su dicha le llegaba hasta su rostro: nunca habia estado tan alegre.

Esto no obstante aquella detonacion le alarmó.

Entonces fué cuando otro hombre, mas inquieto que él, se acercó al grupo y preguntó por lo que ocurría.

Era Monjoyeux.

Cuando se le hubo respondido que se acababa de oír una detonacion:

—Oh! Dios mio! exclamó; esto es un asesinato.

Veíanse correr luces en la fonda; se gritaba y se hablaba en voz alta.

Monjoyeux llamó. La puerta se abrió. El Príncipe Azul entró desesperado en la fonda. Monjoyeux iba á seguirle; pero en aquel momento salió el señor de Fontaneilles.

Monjoyeux reconoció que era él porque se hallaba cubierto de sangre.

—Por aquí no se pasa, dijo deteniéndole.

—Porqué? preguntó el marqués.

—Porque os pareceis á un hombre que huye su crimen.

—Yo! voy á constituirme por mi mismo en prisionero.

—Pues bien, lo sois mio, dijo Monjoyeux.

Y cuando conoció aquella tragedia horrible

—Vete! le dijo: te abandono al remordimiento: vé á digerir tu sangre.

Luego volviéndole á coger:

Pero tú, dijo, has matado á mi único amigo; llevarás un dia mi sello si tu quedas absuelto.

El rudo Monjoyeux lloraba como un niño.

Y como á todas las cosas es necesario añadir la moraleja, el escultor añadió:

Es necesario acabar de una vez con todos esos hombres que asesinan las mujeres. A Dios gracias la pena de muerte está abolida hasta contra la mujer adúltera.

## XVII.

## UNA NOTICIA DEL DIA.

La señora de Argicourt se hallaba gravemente enferma. Ella tambien habia perdido su amante: tambien ella habia soñado en ilusiones. Sueño horrible cuando la juventud declina y cuando no se espera tomar pié en el país del amor. Aquella mujer tan viva y tan alegre, arrastrada por la fuerza de su naturaleza, debia caer, de un solo golpe, como esos árboles que atraen el rayo.

Una hermana de la caridad la velaba.

Era una jóven religiosa pálida y pensativa, la cual no sé si le habia sido enviada por su médico ó su confesor.

La jóven religiosa, entregada por completo á sus oraciones, nada parecia saber de las cosas de este mundo. Se traian los diarios del *sport* del gran tono á la señora de Argicourt; pero la hermana de la caridad no los leia jamás.

Pero cierta noche, como la señora de Argicourt se impacientase en la fiebre, ella le dijo:

—Hermana mia, os lo ruego; leedme los periódicos; hacedme olvidar que sufro.

La religiosa intentó convencerla de que si escuchaba algunas lecturas piadosas sentiria como por milagro apaciguarse sus dolores; pues las leyendas cristianas son como un bálsamo para todos los dolores, hasta para los dolores corporales, ya que, segun el apóstol, no vive mas que el alma. Este es el verdadero estoicismo.

Pero, en fin, para complacer á la enferma, la religiosa abrió el primer periódico que le vino á mano.

Fijó aquí y allí sus ojos. Por qué lo primero que leyó fué esta noticia mandada de Ems por el telégrafo, bien como si se tratara de un acontecimiento político?

«La ciudad de Ems, inaugura mal su estacion de 1868. He aquí, en algunas frases, la tragedia espantosa de que esta pequeña ciudad, siempre tan alegre, acaba de ser teatro. Hay en ella un desenlace para los poetas dramáticos.

»Un duque célebre en el mundo parisiense, habia llegado ayer sin su duquesa. Parece que venia á Ems para encontrar á una hermosa marquesa parisiense.

»Pero el duque y la marquesa habian contado sin la duquesa y sin el marqués.

»Ahora bien: la duquesa llegó á tiempo y por la noche cogió su puesto en la cama del duque. Este era su derecho, su deber.

»Pero desgraciadamente el marqués, víctima de

sus celos, no dudó de que encontraria su mujer en el lecho del duque: en su ceguedad, se precipita al cuarto, oye hablar á una mujer, los celos le hacen ver que es la suya y se arma de un puñal. Trata de herir al duque, en la intencion, sin duda, de herir luego á su mujer.

»El duque estaba en pié desnudándose; la mujer estaba acostada; á la primera puñalada la mujer salta del lecho y en su ceguedad el marqués la hiere á su vez.

»La dá en el corazon.

»El duque está herido; la mujer muerta.

»Nada puede pintar esta carnicería horrible.

»No es esto todo; sigue un duelo con puñal, con pistola, un juicio de Dios, que sé yo! El duque muere y el marqués se entrega á la justicia alemana.

»No se tienen noticias de la marquesa.

»Esto es tanto mas espantoso cuanto el duque y la duquesa se adoraban. Se sabe que se encontraban aun en su luna de miel. Pero no es una ventaja eso de morir siendo uno feliz?»

La religiosa no leyó en voz alta mas que las primeras líneas del relato.

—Leed, leed, hermana, dijo la señora de Argicourt incorporándose. Es el duque de Parisis. Dios mio! Dios mio! qué desgracia!

La señora de Argicourt observó entonces que la religiosa se habia desmayado.

—Se llama Luisa de la Misericordia, como la señorita de La Valliere.

La religiosa habia colocado sus dos manos sobre los dos féretros como si sintiese latir aun el corazon de Octavio de Parisis y de Genoveva de la Chastaigneraye.

## XVIII.

### HABIA MUERTO VIOLETA?

Cuando el Príncipe Azul, que en su dolor estaba desconocido llegó al castillo de Parisis, acompañando los restos mortales del duque y de la duquesa, de aquel que él amaba como su único amigo, y de aquella que reverenciaba como una santa, vió á una religiosa que descendia del vestibulo y que hacia la señal de la cruz sobre los dos féretros cubiertos de terciopelo.

La religiosa estaba blanca como un sudario: se parecia á esas figuras de Angélico de Fiesola que nada tienen de la tierra. Ofrecia un singular contraste con Jacinta en la cual se apoyaba y que, aunque sintiendo un gran dolor, aparecia en todo el brillo de sus veinte años.

Era la imagen de la muerte sostenida por la vida.

El Príncipe preguntó á Jacinta si aquella religiosa era de la familia.

—No la conoceis?

—Decidme su nombre.



P  
E  
G  
V